

ELOJIO

DEL PROFESOR DE FILOSOFÍA

D.r D. LUIS JOSÉ DE LA PEÑA.

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL RECTOR DE LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

D.r JUAN MARIA GUTIERREZ.

Con motivo de la apertura de aquel establecimiento, el dia 1.° de Marzo de 1871.



BUENOS AIRES

Imprenta y Librería de MAYO, calle Moreno núm. 241

Plaza de Monserrat

1871.

ELOJIO

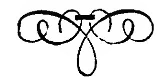
DEL PROFESOR DE FILOSOFÍA

D.r D. LUIS JOSÉ DE LA PEÑA.

Discurso pronunciado por el Rector de la Universidad de Buenos Aires

D.r JUAN MARIA GUTIERREZ.

Con motivo de la apertura de aquel establecimiento, el dia 1.° de Marzo de 1871.



BUENOS AIRES
Imprenta y Librería de Mayo, calle Moreno núm. 241
Plaza de Monserrat
1871.

Señores:

El Reglamento que nos gobierna me impone el deber de dirigir la palabra al honorable é interesante auditorio que me dispensa su atencion en cada primero de Marzo. En estas ocasiones vuestro espíritu y el mio se sienten poseidos de iguales sentimientos, de ideas casi idénticas; porque volviendo á esta casa de estudios despues de una temporada de descanso y de esparcimiento del ánimo, ansiamos por entregarnos nuevamente al cultivo de los conocimientos elementales y de las ciencias que abriga en su seno la Universidad. En este sentido siempre me ha sido grato constituirme en intérprete de vosotros mismos, ocupándome de honrar el estudio; de estimular al trabajo en la carrera árdua de las facultades mayores; de mostrar la conexion íntima que guardan entre sí todos los conocimientos humanos, y la necesidad de comprenderlos en un plan bien ordenado de estudios, sin esclusion de uno solo; de recordar, en fin, bajo mil formas y

maneras, que, el término, la aspiracion final de una cultura sana del entendimiento, es, la mejora, la perfeccion moral de nuestra naturaleza—la cual consiste en el sentimiento de la dignidad de hombre, en la posesion de un carácter leal, en las virtudes del ciudadano y en el amor á las instituciones que garanten la libertad.

Hoy debo hacer un paréntesis á estas predilectas materias de mi conversacion oficial de algunos minutos con mi auditorio. La obligacion y la gratitud me llevan al pié de una tumba reciente en donde descansan ya en paz setenta años afanosos, consagrados en su mayor parte á acumular riquezas intelectuales, no para atesorarlas como el egoista, no para engalanar con ellas una personalidad vanidosa, sino para derramarlas como aguas de salud, como aromas preservadoras de la vida del alma, sobre la cabeza de la juventud amiga del estudio.

Veis, señores, como vamos poco á poco rodeándonos de las imájenes de aquellos que desde la silla del profesor ó del magistrado han merecido bien de la posteridad estendiendo el círculo de la instruccion pública. (1) Esa es la galeria de nuestra nobleza; esos son los héroes dignos del preferente amor del republicano, que es por excelencia amigo de la paz, de la ley, y de la persuacion, fuerza inmaterial pero mas poderosa que el acero. Pues bien: mientras que el pincel del artista no nos ofrezca al lado de la de

1. Alusion á los retratos reunidos en el salon principal de la Universidad.

sus compañeros de mision, la imájen del hombre que acaba de perder la Universidad, permitidme, señores, que sin exajeracion y con la sencillez con que se espresa la verdad, os trace algunos rasgos de la vida del que fué hasta ahora pocos dias, nuestro profesor de Filosofía y de Literatura, y bajo cuyo nombre pueden escribirse sin lisonja las palabras del poeta: *non omnia morior*.

El Doctor Don Luis José de la Peña, considerado bajo el punto de vista en que ahora se nos presenta, es una de las mas antiguas inteligencias *porteñas* despertadas á la luz de la época nueva con la ereccion de la Universidad de Buenos Aires. Él habia terminado sus estudios segun las viejas disciplinas escolares, en los Seminarios de esta ciudad, en el colegio de San Cárlos y en la Universidad de Córdoba. Era filósofo, era teólogo, sabia de memoria las institutas de Justiniano; pero estos conocimientos que apenas le habilitaban para desempeñar las funciones y deberes del sacerdote ilustrado, dejábanle un vacio que mortificaba su espíritu haciéndole dudar de la importancia y utilidad de la ciencia trasmitida por sus maestros. Al Dr. Peña, cuyos instintos aventajados habian conducido á esta situacion desconsolada, tocóle la fortuna que hasta entonces habia sido negada á aquellos de sus antecesores que pudieron hallarse en situacion análoga. Un simple decreto, una idea bajo la forma de disposicion gubernativa, vino á confirmarle en la sospecha que, las ciencias, no son ni verdad ni elemento de progreso social, mientras no son razonadas, aplicadas,

auxiliadas unas por otras, y enseñadas por métodos que constituyen por sí solos un ramo especial de los conocimientos humanos.

Todo esto reveló á los espíritus del temple del que Dios habia concedido al Dr. Peña, el plan de estudios de la Universidad, cuando esta abrió sus puertas (allí mismo donde habia imperado el escolasticismo) y mostró sus gabinetes esperimentales, su museo de historia natural, sus observatorios, sus métodos lógicos, sus libros elementales propios y redactados espresamente, y sus dignos, celosos y esperimentados profesores, algunos de los cuales se habian señalado en Europa no solo por su saber y talentos sino tambien por sus virtudes.

En aquel palenque que se abria á la actividad de la inteligencia, todas las ciencias militaban de consuno, confundíanse armoniosamente, se completaban ayudándose para llegar á un fin que entusiasmaba los corazones y los abria á la esperanza de un estado social mas perfecto que el pasado.

El Dr. Peña que poco antes de los dias á que me refiero, habia concurrido como opositor á la clase de Filosofía del Colegio de la Union del Sud, en que se habia trasformado el de San Cárlos, aceptando como contendor á un hombre de génio, al Dr. D. Juan Crisóstomo Lafinur, tan inspirado como sin ventura; tomó la discreta resolucion de convertirse en verdadero discípulo de la Universidad naciente y se resignó á pedirla la ciencia que conocia le faltaba.

Igual trasformacion habia esperimentado otro *porte-*

ño que se ilustró cultivando las matemáticas, contemporáneo y amigo del Dr. Peña. Existia entre ambos una diferencia proveniente de la índole de las ciencias á que se habian consagrado,—el uno por predileccion, el otro, tal vez, por consideraciones de familia y condescendencia de buen hijo.—D. Avelino Diaz, que á este carísimo maestro es á quien me refiero, pudo disponer y ajustar sus métodos á los fines generales á que tendia la enseñanza nueva, al mismo tiempo que enseñaba elementalmente las ciencias físico-matemáticas en el departamento de estudios preparatorios, y pudo así, á la terminacion de su primer curso, presentarle como modelo de lógica y de elegante locanismo. Pero no pudiendo trillar este mismo camino el Dr. Peña, se encerró con un empleo administrativo, en los cláustros del «Colegio de ciencias morales,» donde una escogida porcion de jóvenes de toda la República recibia educacion literaria bajo los planes y profesores de la Universidad.

En aquel tiempo era el Dr. Peña uno de los hombres, de cuantos he conocido, mejor dotado para desempeñar el papel que por aplicacion y amor á perfeccionarse se habia trazado. Jóven, de porte siempre digno, de maneras comedidas, de palabra persuasiva, era en aquel colegio donde se formaron tantos talentos distinguidos y tantos caractéres severos que afrontaron la tiranía, el punto atrayente hácia el cual convergian, como al seno de un filósofo antiguo, toda aquella juventud pidiéndole solucion á sus dudas, consejos para estudiar con mayor aprovechamiento, lec-

tura amena, modelos de buen gusto para espresar con correccion las ideas; la esplicacion de un teorema, la planteacion de un problema, el valor de una incógnita, la demostracion de alguna ley de la naturaleza física. Él, por decirlo así, se multiplicaba por tantas unidades como eran las materias del curso preparatorio, desde los rudimentos de la aritmética hasta las ecuaciones algébricas, desde las cuestiones de gramática hasta las de sicologia. En su cuarto, que era una celda sencilla, en el cláustro, en los pátios durante las horas de recreo, en todas partes y á toda hora, se le veia siempre al Dr. Peña rodeado de discípulos ávidos de escucharle, deteniéndose de cuando en cuando para esplicar el sentido de algun orador ó algun poéta, ó para trazar sobre el pavimento la figura de un poligono ó de un volúmen para demostrar sus propiedades, mientras que el resto del bullicioso enjambre escolar se entregaba á pasatiempos varoniles.

Ya se comprende cuán atareada debia ser y cuán llena la existencia del jóven «Regente de estudios» del Colegio de ciencias morales, puesto que para enseñar le era forzoso aprender, asistir como simple alumno á las clases universitarias y profundizar y estender con estudios especiales los conocimientos adquiridos en el aula á fin de poder trasmitirlos con claridad y con eficacia. Él era el intermediario inteligente entre la enseñanza de pocas horas de la Universidad y el estudio permanente bajo las bóvedas austeras del internado; así como tambien era el modelo, el ejemplo práctico del carácter que al fundarse la Universidad habia que-

rido dar el gobierno á la educacion pública para que esta no solo produjera sábios, sino ciudadanos activos, hombres despreocupados, desprendidos de pequeñeces y errores coloniales y celosos de la libertad y del bien público.

Todo esto se logró mas allá de las esperanzas de los buenos patriotas que idearon un plan tan exelente. Los frutos fueron pingües como lo atestigua nuestra historia inmediatamente posterior á aquella época; y si asi como fueron precoces y pingues no fueron mas duraderos, la culpa consistió en olvidar que para que una buena institucion prospere y resista los embates es preciso colocarla bajo la proteccion de otras instituciones de igual índole. Pero á par de algunos aciertos adolecia en su base el edificio político levantado despues del año veinte, de vacios y defectos que tarde ó temprano debian arrojarle por tierra. Por una fatalidad que no es del caso considerar aquí, los mismos obreros del bien prepararon en gran parte el advenimiento de un régimen personal, absoluto, que era la negacion de la ley como fué la mancha de nuestra naciente civilizacion. La revolucion militar mató el civismo; la jeneralidad aceptó al tirano como garantia del órden, y unos cuantos, que como he dicho, no estaban escentos de culpa en la gran desgracia que humillaba á la patria, salieron para el estranjero prometiéndose pronto regreso á sus hogares, cuando en realidad comenzaba para ellos un ostracismo de veinte años.

De este número fué el Dr. Peña. Se asiló en el Estado Oriental con la mayor parte de los prohombres

del partido unitario y siguió la suerte de estos en todas sus vicisitudes, en todas sus emigraciones, en los varios destierros en que incurrieron á causa de los celos que desde el otro lado del rio inspiraban al poder suspicaz triunfante en Buenos Aires. Pero el Dr. Peña en donde quiera que llegaba, fuese en las islas del Sur del Brasil, en Santa Catalina, en la Colonia del Sacramento, en Mercedes ó en Montevideo, se consagraba á la enseñanza, ya como simple maestro de primeras letras, ya como profesor de humanidades ó de ciencias exactas, segun las aptitudes de aquellas poblaciones y las exijencias de su cultura social.

Este misionero de la intelijencia, consagrado á derramar la instruccion sin la cual no se redime el alma, era precedido por todas partes de la fama de educacionista, no por que él se hiciese el inmodesto heraldo de su santa vocacion, sino porque los hechos hablaban elocuentes á su favor y se hacian notorios por la fuerza de su virtud misma, como el aroma de ciertas flores que no permite á la maleza que las esconda del todo.

El Dr. Peña hacia la caridad de la educacion segun la máxima evangélica de que el bien que dispense la mano derecha debe ignorarlo la izquierda. La hacia sin mira ni esperanza de recompensa, nada mas que por la noble y esquisita satisfaccion de redimir inteligencias de la ignorancia, que vale tanto como salvar conciencias de la inclinacion al mal.

Seria largo y molesto seguir á nuestro profesor en todos sus trabajos de esta naturaleza. La importancia y variedad de los servicios que prestó á la juventud

puede graduarse por los diversos trataditos elementales que dió á luz mejorando los métodos para enseñar á leer, para escribir con elegancia, para contar con prontitud. Y como sus aptitudes eran tan variadas como sólidas y llenas de esperiencia, cuando el gobierno de la defensa de Montevideo, sin desmayar por las penurias que le cercaban, quiso apoyarse en las fuerzas morales y trató de regularizar la enseñanza superior, recurrió al Dr. Peña y le colocó al frente de un Consejo encargado de estudiar y realizar un plan completo de enseñanza universitaria. El empeñoso profesor llenó satisfactoriamente su cometido: trazó el plan, distribuyó las materias, escribió los programas, presidió los concursos de profesores y él mismo se colocó en el número de estos desempeñando aquellas asignaturas que exigian mayores tareas.

Refiérese en la historia de las letras castellanas, que, habiendo sido arrebatado de su cátedra un maestro célebre de aquella nacion, por una gran desgracia política, volvió despues de años á encontrarse entre sus discípulos, y dando como no transcurrido el largo tiempo de su ausencia, anudó su leccion con la que habia dejado pendiente, diciendo á su auditorio: « os decia ayer »... Esta serena abnegacion que se recuerda por los españoles como distintivo de un carácter esforzado, me viene á la memoria cuando veo al Dr. Peña, despues de un prolongado periodo de ajitada vida pública, asilarse sin mortificacion ni violencia bajo el techo de su casa paterna en donde su hermano D. Juan, de bendecido recuerdo, habia mantenido una exelente escuela

primaria. Allí, complementando la enseñanza elemental del maestro de primeras letras, se rodeó de los hijos de sus antiguos discípulos y prolongó para las nuevas jeneraciones aquellos mismos servicios que prestára veintitantos años antes á los alumnos del Colejio de ciencias morales.

La antigua vocacion se despertó de nuevo en el Dr. Peña y se consagró esclusiva y asíduamente á la enseñanza con un entusiasmo que parecia incompatible con sus años. Volvió á la Universidad, y aquí, con la regularidad de un cronómetro, le habeis visto por años enteros asistir diariamente á sus clases, ya como profesor de filosofía, ya de literatura así que comenzó á ensayarse esta útil enseñanza cuyas primeras dificultades tuvo él la habilidad de vencer valiéndose de aquella dulce atraccion que ejercia sobre los espíritus tempranos é inespertos.

Pero esas tareas no agotaban su celo ni su actividad. El profesor de la Universidad salia de sus aulas para presidir la complicada administracion del departamento de Escuelas; y el jefe de este ramo de la administracion volvia á convertirse en las pocas horas libres que le dejaban los empleos, en maestro privado de idiomas ó en director de los alumnos maestro de la Escuela normal que tambien tuvo á su cargo. Esta es la historia de la existencia del Dr. Peña hasta que agoviado bajo el peso de la tarea dobló para siempre la cabeza sobre los libros en que bebia la ciencia para comunicarla.

Yo no he hecho mas que bosquejar una vida tan

llena como meritoria: vosotros que fuisteis sus discípulos, vosotros que preparais un monumento á su memoria que redundará tambien en honra vuestra, sabeis cuán atras he quedado en el encarecimiento de los méritos del Señor Dr. D. Luis José de la Peña, como maestro y como amigo de la juventud. Yo no vacilo ni por un momento para presentarle como el modelo del profesor. Podrá haberlos tan intelijeutes como él; pero no tan desinteresados; pero no tan movidos como él por los resortes del patriotismo, ni tan prescindentes de todo otra idea que no se relacionase con el aprovechamiento del discipulo y con la dignidad de la mision para que Dios le habia tocado en el corazon y en la intelijencia.

He cumplido con el deber de recomendar la memoria de uno de los miembros de la Universidad que ha fallecido honrando el puesto que desempeñaba en ella; y concluyo deseando para mi pais que jamás se interrumpa entre nosotros esa serie de maestros de vocacion sin los cuales podrán progresar las teorias científicas, pero no convertirse las ciencias en virtudes para la sociedad. De estos puede decirse con Ciceron, que viven despues de la muerte: *mortui vivunt.*